ESCENA VI.

DOÑA MANUELA MEDINA.

Manuela.—Es el padre; es el amigo;
el general, el buen cura,
quien la calma nos procura
en huracán enemigo....
De nuestras faltas testigo
las perdona, y las remedia;
evitando una tragedia,
con talento y prevision
todo á feliz solucion
conduce, si en todo media....
Dios en su inmensa bondad
de Méjico en los desvelos,
al grande génio Morelos
diera el don de autoridad.
Naciente posteridad
de los años al través,
acaso llegue la vez
que comprehenda todo el mérito
que despliega el benemérito
en mil ochocientos diez.
Del caos oscuro é informe
de revolucion sin tino
viene á fijar el destino
en que la patria se forme,
y que el sistema deforme
de los monarcas tiranos
destruyan los mejicanos
y á sus fieros opresores,
para que en tiempos mejores
se eleven á soberanos.

ESCENA VII.

Dª MANUELA Y Mª COSME.

Cosme.—Señora, vengo á buscarte,
porque estraño tu presencia,
y la estraña la legion
de tus sumisas guerreras.

Al internarte en el bosque
prohibiste que te siguieran,
y obedientes nos quedamos,
mas pesarosas é inquietas.
Posible es una celada
en el campamento. Deja
pues, acompañarte
á la que mucho te aprecia.
Manuela.—Bien está, querida mia.
supuesto qué te interesa
mi bien, mi seguridad,
justo es que te lo agradezca;
pero esta parte es segura,
aunque comience la selva;
á la poblacion cercana,
como puedes ver, se encuentra;
[*Señalando á la choza.*)
y allí el bravo Maldonado
dentro de la choza alberga
á sus niños.... Ya verás
que no hay razon porque temas.
Cosme.—Es cierto..... Pero si algunos
(*Con malicia.*)
de los nuestros, que te asechan,
te siguieran atrevidos ...
Tan hermosa.... Una sorpresa;
ya ves.....
Manuela.— ¡Cosme! ¿Qué presumes?
Conque hay de la gente nuestra
quienes me sigan furtivos?
Cosme.—Sí señora; y ya debieras
notarles la asiduidad,
y temer.....
Manuela.— ¡Chistosa prueba!
¿Crees que el orgullo y la espada
de adorno van con Manuela?
¿Crees que permita tocarme?....
Cosme, Cosme, nada temas.
Cosme.—Hermenegildo y Valerio
te tienen amor.
Manuela.— ¿De veras?
Cosme.—Señora, tú para mí
nunca usaste de reservas
y, permite que te diga
que hoy las tienes.

Manuela.— Malas lenguas
dirán de mis camaradas
lo que decir no debieran....
Trujano y Valerio me aman
como amiga y compañera.
Cosme.—Aunque muchacha simplona,
[*Con malicioso candor.*]
conozco muy bien que es tierna
la aficion que esos guerreros
hace tiempo te profesan.
Manuela.—Y bien: será..... Nada importa.
(*Despechada.*)
Tendrán mi correspondencia....
Cosme.—¿Los dos? No es posible; no:
Manuelita, te chanceas.
Si tú no puedes amar;
si eres viuda muy severa.
Manuela.—¡Que no puedo! ¿y por qué no?
La viudéz pasa, y se queda
el corazon en la jóven
si rígida se demuestra.
Tambien á mi pecho, amiga,
aunque duro te parezca,
traspasan del ciego dios
las emponzoñadas flechas;
y me alegro mucho, mucho,
de que haya dos que me quieran.
Cosme.—¡Ay!....los dos!.... Pobre de mí!
(*Con candor.*)
¿Pues á tu Cosme qué dejas?
Manuela.—¡Muchacha! ¿Qué es lo que di-
¿Por alguno te interesas? (ces?
Cosme.—Sí señora: me intereso;
mas tienes la preferencia,
y eres mi gefe, y mi amiga,
y yo solo subalterna.
Manuela.—Mire usted con lo que sale
la niña, la mosqui-muerta,
mi confidente ayudante,
con ser mi rival.
Cosme.— Dispensa.
Tengo tambien corazon
en que se *clavan las flechas*.....
Yo con uno me conformo,

si dejármelo quisieras.....
(*Suspira doloridamente y llora.*
Manuela.—¡Y suspiras! ¡y te aflijes!
¡Y las lágrimas te ruedan!—
Vamos: seré generosa
con mi rival, por ingénua.—
¿Quieres que te dé á los dos?
Cosme.—No se usa eso.... Nada cuesta
cederme uno, sin quedarte
á la luna de Valencia.
Manuela.—¿Y cuál es el que prefieres?
Cosme.—El que gustosa me cedas.
(*Coquetamente.*)
Manuela.—Eso esplica que en amor
no disciernes.... ¡Estás fresca!
En positiva pasion
no cabe la indiferencia.
Cosme.—Ya que me apuras diré
toda la verdad.
Manuela.— Empieza.
Cosme.—En mi corazon, Trujano
es el único que reina;
pero por no disgustarte,
si acaso le prefirieras,
me sacrifico, y conforma
Galeana.....
Manuela.— ¡Qué nobleza!
Pues bien, Cosme; no te aflijas:
serás de Trujano: espera.....
(*Con dulce chanza.*)
Y no es muy tonta la niña
al elegir.....
Cosme.— ¡Qué vergüenza!—
Mucho te agradece el alma
que fácilmente me cedas
á uno de tus pretendientes
de mas apreciables prendas.
Manuela—¡Ya lo creo!—Sumiso, manso...
Cosme.—Pero el otro.....
Manuela. Es una fiera,
que domesticar me encargo,
pues de potencia á potencia
sabrá vencerle mi astucia
para hacer lo que yo quiera.
¿Sabes que tu amor me place

y de consuelo me llena?
Cosme.—¡Si?
Manuela.—Corta el nudo gordiano
que ligara mis ideas.
Cosme.—Cuánto me gusta que no
te haya originado penas.
Manuela.—¡Quién sabe!.... Viene de sú-
y entre los dos se atraviesa. (bito
Cosme.—De que te abrace, señora,
dale á tu criada licencia.
(*Placentera y candorosa.*)
Man.—Abraza, abraza, Maria, (*Abrázanse.*
sin calificarte sierva....
Eres la amiga á quien amo
como á mi hermana gemela.
Fuiste siempre—bien lo sabes—
de la falange guerrera
mi segunda, confidente,
secretaria y predilecta.
Por mil títulos yo debo
hacerte feliz; espera,
que tu lealtad y cariño
han de tener recompensa.
Cosme.—Has sido tan bondadosa
para la infelice huérfana,
que por eso agradecida
humilde esclava me dejas.

ESCENA VIII.

DICHAS, JUAN Y NARCISO.

Juan.—Ven; Narciso, que aquí están
las suspiradas bellezas,
los modelos de los libros
que estudiamos.
Narciso.— Sí, Minervas
de cocelete y celada,
y flotantes cabelleras.
Juan.—Que si hieren con sus armas,
aun mas los rayos nos queman
de sus ojos brilladores,
y de su sonrisa escelsa.
Manuela.—¡Tambien nos hablan de amor

los chiquillos de la escuela?
(*Sorprendida y burlona.*)
Si apenas de la nodriza
han dejado la querencia.
Juan.—Somos *chicos*, es verdad;
pero en la lucha sangrienta
á los *grandes* igualamos.
Diga la hermosa guerrera
si este Narciso, mi hermano,
en los combates se queda
sin que lleve tremolando
por delante su bandera.
Narciso.—Y Juan tambien es valiente:
él conduce á la pelea
á los *niños;* miren, pues,
á quien ingratas desprecian.
Manuela.—No, queridos; no es desprecio,
que os admiro; y embelesa
á mi alma la heróica tropa
de linda prole y pequeña,
que se bate en la campaña
con virilidad provecta.
Que siendo hijos de Morelos,
hermanos les consideran
mi cariño y amistad
en toda su grata esencia.
Juan.—Pues entonces, hermanita;
interesante Manuela,
(*Queriendo abrazarla.*)
dame un ósculo de paz
si conmigo no eres bélica.
Narciso.—¿Y para mí, Maria Cosme
(*Lo mismo á Cosme.*)
ha de tener indulgencia?
Cosme.—Pendo de mi capitana,
y he jurado obedecerla.
Manuela.—Pues no tienen en amores
(*Con placentera dignidad.*)
estos novios mucha urgencia.—
Quietos... Entremos en pláticas.
Capitulemos.... ¿Intentan
como *hombres* el *seducir*
dos jóvenes *indefensas;*
ó como niños pretenden
de una madre la terneza?....

Si hacen de los seductores,
os haremos resistencia;
si como hijos, desde luego
os recibirán....

Narciso.— ¡Sirena!
(*Requebrándola.*)

Juan.—En mi pecho, capitana,
(*Con mucha ternura.*)
siento un fuego que flaméa
por esos divinos ojos.
por esa boca de perlas;
y no os quiero de mamá,
que de otra cosa os quisiera....

Narciso.—Igual, igual sensacion
me inspira Cosme la bella.

Juan.—Seamos felices.... (*Suplicante.*)

Narciso.— Felices..... (*Lo mismo.*)

Manuela.—¡Bien feliz es la ocurrencia!....
¿Y de dónde, hijitos mios,
intempestiva os viniera?

Juan.—¿Quién al veros tan hermosa
no os ha de adorar?

Narciso.— Y pena
nuestro corazon sensible
por no sé qué.... (*Requebrando.*)

Manuela.— ¡Ya se enmiendan!

Narciso—Siempre vais acompañadas....

Juan.—Dificultades opuestas
á nuestro afecto encontramos....
Hoy, por fin, á esta selva
venisteis solas.... Nosotros
escapados de la escuela—
como decís—de rodillas
(*Queriendo hincar una rodilla: no lo permite Manuela.*
os pedimos una audiencia.

Narciso.—Y yo á Cosme sus caricias,
como la dicha suprema.
(*Lo mismo con Mª Cosme.*)

Cosme.—Me dan lástima, señora.

Manuela.—La piedad trae vergüenza.....
(*Sériamente.*)
Basta ya de travesuras....
Juanito y Narciso, tengan
por nosotras el respeto

que á una madre le tuvieran.
Tiempo vendrá para ustedes
de amores y de ternezas,
que niñas encontrareis
cuando seremos viejas.
No me obligueis á que cuente
al general la insolencia
ni el prematuro desórden
que presagia la edad vuestra.

Juan.—Lo que no me dais por bien,
(*Persiguiendo á doña Manuela, que elude sus caricias.*
voy á tomaros por fuerza.

Narciso.—Te imitaré, si Maria
igualmente me desdeña.
(*Lo mismo pasa entre Narciso y Cosme.*)

Cosme.—¡Que me atrapa! ¡que me atrapa!
¡Manuelita! ¡que me besa!

Manuela.—¡Niños! ¡niños! Basta ya
de bromas é impertinencias!
(*Aparece Maldonado á la puerta de la choza.*

Maldon.—Mis discípulos se aplican
al asalto de manera....
que.... ya es preciso salir
en columna de reserva. [*Saliendo.*

ESCENA IX.

DICHOS Y MALDONADO.

Maldonado.—¡Alto el fuego!... En esa táctica
(*Los niños quedan confusos.*)
dan ustedes esperanza
de arreglarse á la ordenanza
mas que en teórica en la práctica.

Juan.—No te enfades, instructor:
te juro por lo mas sacro
que esto es solo simulacro
en la estrategia de amor.

Narciso.—Sí, querido Maldonado;
esta amorosa *asamblea*
no te imagines que sea
faltas de insubordinado.

Manuela.—El Narciso y el D. Juan,
que no cuentan quince abriles,
se ejercitan en cambriles
á lo guapo perillán.
Maldonado.—Señoras, son mis discípulos:
dispensadles indulgencia,
que á su notoria impudencia
apretaré los manípulos.
Manuela.—Son graciosas travesuras
de los dos adolescentes:
se creen hombres prepotentes
para darse á las diabluras.
Su precoz naturaleza
me divierte, y parabien
les tributo.
Cosme.— Yo tambien
perdono la ligereza
del jovencito Narciso,
y no quiero se reprehenda:
ya se propone la enmienda
de no hacer.....
Maldonado.— ¿Qué?
Cosme.— Lo que quiso.
Narciso.—Nos burlan, Juan.... ¡Marima-
(*Aparte á Juan.*) (chos!
Juan.—(Calma, Narciso; algun dia
sostendrán su varonia
los inocentes muchachos.)
Maldonado.—De agravios al bello secso
conseguís dulce perdon,
pero debo la instruccion
duplicar por el esceso.
Juan.—Bien está.... Por la belleza
y su sonrisa de agrado,
no me importa, Maldonado,
el esponer la cabeza.
Narciso.—Ni á mí tampoco me importa
la militar disciplina,
si una deidad peregrina
con su aliento me conforta.
Manuela.—Predicen estas criaturas
(*Burlezca y sentenciosamente.*)
héroes ser en el amor,
y del punzante dolor
arrostrar las desventuras.

ESCENA X.

DICHOS Y RAYON.

Rayon.—Mucho me place encontrar
aquí personas que tengo
encargo de hacer visita
por el ilustre Morelos.
La llegada del Aquiles
del americano ejército,
llama con suma justicia
su atencion en el momento.
El valiente Matamoros
y sus denodados cuerpos,
reciben los homenages
debidos á sus trofeos,
y no le es posible al gefe
volver aquí; pero vengo
á preveniros, señoras,
Maldonado y pequeñuelos,
vengan conmigo al instante
á amenizar el festejo
que se dispone este dia
al cura de Xantetelco,
llevando vuestras legiones
hácia la plaza del pueblo.
Manuela.—Mil gracias os doy, Rayon.
Mis guerreras y yo iremos
con mucho gusto á ofrecer
al Aquiles del ejército
subordinacion y honores
con entusiasmado afecto.
Maldonado.—Hijos; vamos á cumplir
del General los deseos,
que satisfacen tambien
los íntimos sentimientos
que mueven mi corazon
hácia el invicto guerrero;
hácia el grande Matamoros,
á quien marciales sucesos
trajeran por gran ventura
al unido campamento.
Narciso.—(Frustra la doble instruccion
el inesperado asueto.)
(*Aparte á Juan.*)

Juan.—(Calla, Narciso, las damas
maliciosas ven sonriendo.) (*Id.*)
Permítame el capitan
disponga mis compañeros.
(*Alto, cuadrándose.*)

Maldonado.—Bien, señores: (ya despues
de aquel negocio hablaremos.)
(*Aparte á ellos.*)

Manuela.—Tambien para el besa-manos
mi falange mover debo.
(*Como tomando permiso á Rayon, quien inclina la cabeza en señal de asentimiento.*)
Permitidme.... Vamos;

Cosme.— Vamos;
sumisa te voy siguiendo.

Rayon.—Luzcan sus mejores trajes
los niños y hermoso secso:
la inocencia, la virtud,
el valor y el esfuerzo
tributen con entusiasmo
honores y gloria al mérito.
(*Movimiento general de retirarse.*)

CUADRO TERCERO.

EL APOGEO DE LAS PROEZAS.

La vista es de un salon del Palacio de la capitanía general en la ciudad de Oajaca, con escritorio y buenos muebles.

———o———

ESCENA 1ª

Rayon, saliendo de una de las puertas laterales, con papeles en la mano, dirije la palabra hácia adentro, como hablando con los escribientes que se supone estar en el despacho contiguo.

Rayon—Que se activen los trabajos
(*Desde la puerta.*)
multiplicando escribientes,
para que todas las órdenes
se trasmitan á las nueve.
Es ya la secretaría (*Saliendo.*)
afluencia de corrientes
que desembocan á un mar,
segun sus olas me envuelven.
Se me abruman las potencias
(*Se sienta cerca de una mesa en donde apoya el codo, y sobre la mano la cabeza, como fatigado.*)
con su rebatir creciente,
con sus rugidos feroces
y sus espumas de nieve.....
Los militares negocios
que la situacion ofrece
en la plaza de Oajaca,
desde la entrada solemne,
absorven las atenciones
del infatigable gefe